

**O Morrazo (Pontevedra)**

Empresa de asistencia domiciliaria

# UNAS HORAS EN CASA

PABLO JOSÉ CONEJO PÉREZ. Texto y fotos.



Carlos García Santos y Susana Aldao, a la entrada de NACASA, en el centro de Marín.

Es uno de los grandes retos del siglo veintiuno. Cómo atender las necesidades de un segmento cada vez más amplio de la población que no encuentra en su propia casa la respuesta abnegada que tuvo a lo largo de los siglos. Los cambios sociales no dejan duda sobre los nuevos comportamientos. Y es el Estado moderno quien debe acudir a cada hogar con un cheque asistencial en la mano y un mensaje solidario en el corazón.

Carlos y Susana son dos jóvenes diplomados en Trabajo Social. Ella ejercía su profesión de forma asalariada. Él descargaba cajas de pescado en el muelle de Marín. Los dos se toparon en un congreso de iniciativas locales de empleo, allá por el año 2003, y decidieron montar su propia empresa con ayuda del programa PRODER. De ahí nació NACASA, una iniciativa de asistencia domiciliaria que actúa en la comarca de O Morrazo para cubrir las necesidades de personas dependientes a través del “cheque asistencial” de la Xunta de Galicia o de fondos propios de los ayuntamientos.

## Nueva demanda

La incorporación de la mujer al mercado laboral ha destapado una realidad que permanecía oculta. Hasta ahora, la mujer gallega se había ocupado siempre de los ancianos y los enfermos

Son personas dependientes, hombres y mujeres que han envejecido o han enfermado o han sufrido un fatal accidente. Son una parálisis en el siglo de la competitividad, ancianos que no pueden vivir por sí mismos y jóvenes que no pueden moverse por sí solos. Son la cara oculta de la modernidad, la realidad social de un colectivo que se hace cada vez más visible en los países desarrollados.

de la casa. “La necesidad estaba ahí”, apunta Carlos. “Y las familias, al hacer este trabajo calladamente, estaban ocultando una carencia de servicios por parte de las administraciones públicas”. Sin embargo, “renunciar al trabajo es renunciar a demasiadas cosas en estos momentos”, remacha Carlos García Santos, mientras coordina al milímetro los tiempos de las trabajadoras de NACASA en sus “saltos” de domicilio en domicilio. Ciertamente, los cambios sociales no podían hacer a Galicia diferente. Y esto ha creado una nueva demanda asistencial que se extiende como una mecha por todas las aldeas gallegas.

Susana Aldao hizo las cuentas a la hora de montar NACASA. “Hay poco más de tres empresas en la comarca y ninguna en el centro de Marín. Hay demanda de profesionales y nosotros somos diplomados con una alta dosis de motivación. Esto va a ir a más...”. Pero las cuentas de Susana estuvieron a punto de irse a pique un año más tarde. El “cheque” de la Xunta no daba para realizar un servicio profesional ni para obtener una rentabilidad económica. Y el cierre de la empresa pasó fugazmente por la cabeza de los dos jóvenes. Un oportuno ajuste del “cheque” les devolvió de nuevo el coraje para seguir adelante.

Carlos piensa que el trabajo con personas mayores “no es de los peores”. Y pone en el otro extremo la asistencia a toxicómanos o a enfer-

mos mentales. Sin embargo, Carlos y Susana otean el horizonte de la Ley de Dependencia para dar respuesta a las nuevas coberturas asistenciales que irán surgiendo a medio plazo. Los dos jóvenes empresarios saben que el primer tramo de la Ley será la atención a “dependientes severos”, con todas las dificultades y el esfuerzo profesional que eso entraña.

De momento, el trabajo que presta NACASA se centra mayoritariamente en la atención a ancianos, discapacitados y enfermos. Primero a su aseo personal. Y después a las labores de la ca-

sa que se relacionan directamente con la persona asistida. Para ello cuentan con una plantilla de 50 trabajadoras, en su mayoría con la categoría profesional de “Auxiliar de Ayuda a Domicilio”. Trabajan bajo la modalidad de “contrato por obra” y están cubiertas por el régimen general de la seguridad social. “Es un trabajo duro y mal pagado”, apunta Susana, consciente de que los márgenes financieros de la empresa no superan todavía la mera supervivencia.



Amelia Agulla, auxiliar de Ayuda Asistencial de NACASA.

### No somos de piedra

Amelia es una trabajadora de NACASA que se ocupa de Juan José Estévez, un hombre de 42 años con serios problemas de obesidad, al que han practicado una reducción de estómago y de intestino. Juan está encantado con Amelia y habla de su buena experiencia: “Me sacó de un bache anímico”, dice Juan José con emoción. “Andar me rompía...”, añade con un gesto de dolor. “Y esta mujer ha mejorado mi autoestima”.

Mientras tanto, Amelia trastea por la casa de Juan José en un altozano de Bueu. Se muestra reservada con el periodista y apenas se deja ver en sus cortos desplazamientos con una bata blanca. El periodista insiste en hablar con ella. Y ella accede con las palabras justas: “Nos dicen que no debemos implicarnos. Pero hay que ser de piedra para no hacerlo...”. Luego añade algo sobre su trabajo, algo de psicóloga, algo de amiga, algo de confidente... Y al momento desaparece sin decir adiós. En una ladera de la aldea de Ardan, en el municipio de Marín, un viejo marinero sueña con mareas remotas y capturas legendarias. Se llama Manuel González Diz, con más de 90 años a sus espaldas. Su cuidadora acaba de bañarlo y de vestirlo y de colocarle con buen estilo la gorra de visera. Seguramente, su pareja asistencial de hecho le acompañará todas las mañanas hasta el fin de sus días. En la siesta templada de Beluso, muy cerca de Bueu, María González López maneja con soltura una silla de ruedas a los 91 años. Su cuidadora acaba de marcharse. Ella está sola, rodeada de eucaliptos, llevando la vida con una dignidad a toda prueba. Sus hijos y sus hijas y sus nueras “están en lo suyo, en lo que tienen que estar...”, dice con la comprensión reflejada en sus ojos vivarachos.

### Ver, oír y callar

Susana describe a sus trabajadoras con un perfil bien definido por las preferencias de los clientes: “mujer, casada, madura y discreta”. Y es que la actividad de asistencia domiciliaria tiene una deriva claramente intimista. “Hay unas normas que deben cumplirse a rajatabla”, dice Carlos, endureciendo el gesto. “Primero, respeto a la persona. Segundo, dejar que haga lo que puede hacer. Y tercero, máxima discreción con la intimidad familiar”. Luego aborda otras consideraciones de orden práctico, como no aceptar regalos y no ceder a las exigencias de trabajos extra. Carlos y Susana reconocen que el carácter innovador de su empresa se presta a algunas confusiones. “A las trabajadoras les preguntan si han segado la hierba, si han echado de comer a las gallinas, si han ordeñado la vaca...”.

## La Ley de Dependencia aumentará el volumen de trabajo de las empresas de asistencia domiciliaria

Los jóvenes empresarios intentan controlar suavemente este tipo de demandas añadidas, pero son tajantes con los temas relativos a la intimidad. “En toda casa hay conflictos. Y es fácil que la trabajadora lo sepa. Pero si lo sabe, tiene también que saber callarlo”, concluye Carlos, recalcando que el tema de la intimidad es lo más importante en su empresa.

Los jóvenes empresarios confían en que la Ley de Dependencia añade nuevos clientes a las ciento quince personas que atiende NACASA en estos momentos. Hablan de competitividad, preguntándose cómo se puede competir libremente con un precio que imponen las administraciones públicas al límite del sostenimiento. Y largan su futuro a la expectativa de incrementar sus horas de asistencia. “Aquí, lo único que te salva es el volumen de trabajo”, concluyen, con la convicción de saber donde están metidos. 🍌